

Mario Vázquez Ruvalcaba: creador e impulsor de una nueva museografía mexicana

Sergio Raúl Arroyo*

En una entrevista de 1994 concedida a Jaime Bali, en relación con una pregunta sobre cuáles eran sus inquietudes al llegar al antiguo Museo Nacional, Mario Vázquez respondió: “Llegué buscando mis propias raíces. Un sentimiento que te invade muchas veces cuando estudias la historia o la arqueología. No habla de raíces como grupo humano ni cosas así, sino de ti mismo, tú como propia identidad en un sentido abstracto, algo que es como una agarradera que te da seguridad y tono para vivir”.

Esas palabras corresponden a una naturaleza extensiva, con la que ha sido posible reseñar una trayectoria que ha buscado, además de certezas históricas singulares o colectivas, propiciar una gran aventura discursiva en la esfera de los museos durante varias décadas, algo que es parte de una herencia en la que están presentes los sentimientos identitarios del mundo posrevolucionario, los despliegues estéticos de la modernidad, la urgencia educativa, la cohesión de un mundo disperso en lo territorial y lo cultural. Pero esa aventura, por llamar de algún modo a una empresa intelectual que dio sucesivos rostros y vertientes al mundo mexicano, puso al país en la órbita de su reformulación histórica y en su forma de expresar su perfil multicultural.

¿No es acaso la museografía un territorio en el que está vivo el lenguaje? ¿No es cierto que nos servimos del lenguaje para hacer que las cosas se manifiesten, para referirnos a ellas, para revelarlas, para apropiárnoslas? Si eso es cierto, como según creo, entonces estamos en deuda con Mario Vázquez, que activó y fue una de las claves en la creación de un novedoso lenguaje. En efecto, a través de sus montajes, trabajos académicos y proyectos Mario tendió un puente entre los objetos, las ideas y el público, para dar lugar a una corporeidad privilegiada que conectó realidades muchas veces dispersas o aisladas. Sin duda, agradezco a Mario la creación de atmósferas que revelaban o mantenían los misterios de un vasto universo de cosas.

El museo ha sido su espacio privilegiado. Pero el propio concepto de museo se reinventa con el trabajo emprendido por él. Lejos de los soliloquios, los objetos dialogan como portadores de contenidos, como elementos del conocimiento, en los que encuentra un sentido fundamental

el arte. El objeto habla, se comunica con el espacio. El visitante del museo es agente activo de ese diálogo. En un momento en que numerosos amigos de las decapitaciones hablan de la muerte del museo como institución, Mario apostó por una posibilidad física y ética: entender el museo como una experiencia orgánica, íntima, vital e iniciática.

Su proyecto, la Casa del Museo, da cuenta de una visión: no basta que las cosas digan lo que saben, sino que debe dejarse que sean los propios hacedores de las cosas quienes decidan qué es lo que quieren decir, cómo y en qué momento. El museo, una instancia de servicio comunitario, es o debe ser una plataforma de investigación y un laboratorio para la puesta en marcha de políticas públicas.

Este homenaje es más que oportuno. Se trata de un acto de mínima justicia. No sólo el universo museístico se vincula con Mario Vázquez, sino también la danza, el teatro, la antropología, la etnología, la historia, la arqueología. La función de los organismos culturales, en más de un aspecto, tiene que ver con su trabajo y con las perspectivas que nos ha dado. La Universidad lo reconoce, me parece, con una visión lucida. A poco más de un mes de haber tomado posesión como director general del INAH, siento que el compromiso del instituto es enorme respecto a la figura de Mario y me comprometo a que su presencia sea central en la conmemoración de los 50 años del Museo Nacional de Antropología en 2014.

En efecto, su contribución al desarrollo de nuestra institución ha sido clave: en la década de 1940, cinco años después de fundado el INAH, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia fue alumno de la primera generación de “museografía y arqueología”. Formó parte de una comunidad en la que se encontraban estudiantes como Alfonso Soto Soria y Román Piña Chan. Entre sus maestros estuvieron Miguel Covarrubias, Fernando Gamboa, Juan de la Encina e Ignacio Bernal.

Probablemente fue crucial la experiencia adquirida al lado de Fernando Gamboa, que lo puso en contacto con Diego Rivera, Siqueiros, Goitia, Chávez Morado, el Dr. Atl, personajes que estuvieron en el centro de la vida cultural y política del país, influencias que Mario integró a su propio paisaje intelectual, fincado en lo que algunos definieron como un nacionalismo crítico que determinó las atmósferas que rehacían



Homenaje al profesor Mario Vázquez Ruvalcaba **Fotografía** Martha Vela Campos

en forma incesante un mundo en el que se entrecruzaban la historia, la política, la educación y la mitología, no sólo como valores en los que se sostenía el proyecto prospectivo de una nación, sino como recursos intrínsecos de la museografía.

Mucho tiempo más tarde Mario Vázquez participaría en el proyecto del Museo Nacional de Antropología, primero como jefe de la Sección Museográfica y después como su director. En 1989 ocupó el cargo de coordinador nacional de Museos y Exposiciones del INAH.

Pero Mario trasciende lo meramente programático y se inserta en la franja de la ruptura como un estatus necesario para la revitalización sistemática del concepto de museo. Esta afirmación se proyecta en sus participaciones en las reuniones del Internacional Council of Museums (ICOM) en 1971, en Grenoble, y la de 1972 en Santiago de Chile, en las que se hizo un enfoque decidido hacia el museo integral frente a la crisis de los museos tradicionales. De esta visión se desprendieron los museos comunitarios y el Movimiento Internacional para una Nueva Museografía, en 1984.

Leí que en una entrevista reciente el maestro afirmó: “Mi mejor momento fue en el INAH”. Pues bien: puedo decir, sin temor a equivocarme, que el propio instituto consolidó la vocación por el trabajo de Mario Vázquez. En buena parte, de los 129 espacios que conforman la red de museos del instituto ha quedado la impronta indeleble de la mira y obra de Mario Vázquez. En sus manos la historia, la cultura, los símbolos nos siguen hablando de lo que somos también como individuos, con frecuencia más allá de las visiones sobrehumanas con que se aborda el propio patrimonio cultural, para dejar de ser el

recurso desde el que hablan los vencedores de la historia. Celebramos 90 años de una vida productiva, honesta y sincera. Mario Vázquez se ha ocupado de decir, mostrar, evidenciar. Pero no basta con el habla simple. Michel Foucault, en el ocaso de su vida, dedicó un ensayo a la cualidad de la verdad y señaló algo que me parece viene preciso para esta ocasión: no “ocultar nada, decir las cosas verdaderas, es practicar el coraje de la verdad”. Éste, por tanto, es el “decirlo todo, pero ajustado a la verdad: decir todo de la verdad; no ocultar nada de la verdad; decir la verdad sin enmascararla con nada” (Foucault, 2010: 29).

A Mario le estamos muy agradecidos, porque hemos sido testigos de su verdad: la verdad que se ubica ante la vista y las manos. Nada ha quedado oculto... Todo ha sido dicho con una verdad irreductible, en la que no pocas veces estuvimos inmersos o en la que nos hemos reflejado para tratar de aproximarnos a lo que hemos sido.

Hoy leí que Mario Vázquez dijo que llevaba el INAH en el corazón. Puedo decirle que él está en el corazón del INAH.

Muchas gracias ❖

* Palabras del Director General del INAH en la ceremonia de reconocimiento universitario al maestro Mario Vázquez Ruvalcaba en ocasión de sus 90 años y por su destacada trayectoria como creador e impulsor de una nueva museografía en México, Museo Universitario de Arte Contemporáneo-UNAM, 23 de enero de 2013.

Bibliografía

Foucault, Michel, *El coraje de la verdad*, México, FCE, 2010.